

fundaron la ciudad de Cairwan, que unos suponen poblada por Okbah y otros por Merwam. El intrépido caudillo Okbah, despues de haber penetrado por el desierto en que se levantaron mas adelante Fez y Marruecos, cuéntase que detenido por la barrera del Océano, hizo entrar su caballo hasta el pecho en las aguas del mar, y exclamó: «¡Allah! ¡Oh Dios! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iria hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam!»

A principios del octavo siglo fué encargado Muza ben Nosseir, el futuro conquistador de España, de la reduccion completa de Al-Magreb, ó tierra de Occidente, que así llamaban entonces los árabes al Africa entera por su posicion relativamente á la Arabia. Muza llenó cumplidamente su mision, y el undécimo califa de Damasco, Al Walid, le dió el título de walf con el gobierno supremo de toda el Africa Septentrional (1). Muza logró con la persuasion y la dulzura mitigar la ruda fiereza de los moros; y las tribus mazzamudas, zanhegas, ketamas, howaras y otras de las

(1) Los califas sucesores de Mahoma hasta la conquista de España fueron, Abubekr, Oman, Othman y Ali, que residieron en la Meca y Medina desde 632 hasta 660. Hacia el fin del reinado de Ali, Moaviah ben Abi Sofian, de la casa de Ommiyah, wali de Siria, con pretexto de vengar la muerte de Othman, le disputó el poder, y se siguió una guerra civil. A la muerte de Ali le

sucedió su hijo Hassan en el Hejaz, pero Moaviah tomó el título de califa de Damasco, y fué el origen de los *Ommiadas* que despues habian de fundar un imperio en España. Siguiéronle Yezid I., Moaviah II., Merwan, Abdelmelek y Walid, sexto de los *Ommiadas*, en cuyo califato fué conquistada España.

mas antiguas y poderosas de aquellas comarcas, fueron convirtiéndose al islamismo y abrazando la ley del Coran. Llegaron los árabes á persuadirlos de la identidad de su origen, y los moros se hicieron musulmanes como sus conquistadores, llegando á formar como un solo pueblo bajo el nombre comun de sarracenos (1).

En tal estado se hallaban las cosas en Africa en 711, cuando ocurrieron en España los sucesos que en el capítulo octavo de nuestro libro IV. dejamos referidos. Estaba demasiado inmediata la tempestad y soplabla el huracan demasiado cerca, para que pudiera libertarse de sufrir su azote nuestra península. Los desmanes de Rodrigo, las discordias de los hispanogodos y la traicion de Julian, fueron sobrados incentivos para que Muza, gefe de un pueblo belicoso, ardiente, victorioso, lleno de entusiasmo y de fé, resolviera la conquista de España. De aquí la espedicion de Tarik, y la tristemente famosa batalla de Guadalete que conocemos ya, y en la cual suspendimos nuestra narracion, para dar mejor á conocer el pueblo que concluia y el pueblo que venia á remplazarle.

La fama del vencedor de Guadalete corria por Africa de boca en boca. Picóle á Muza la envidia de las glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabára

(1) Derivan algunos el nombre de *sarracenos* de *Sara*, una de las mugeres de Abraham, lo cual se opondrá á la genealogia que se dan ellos mismos. Otros de *Sharac*, que significa oriental, que puede ser mas probable, y otros tambien de *Sahara*, gran desierto, que no deja de ser verosimil.

de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasar á España. Por eso al comunicar al califa el triunfo del Guadalete calló el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse á sí mismo el mérito de tan venturosa jornada, y dió orden á Tarik para que suspendiera todo movimiento hasta que llegara él con refuerzos, á fin de que no se malograra lo que hasta entonces se habia ganado. Comprendió el sagaz moro toda la significacion de tan intempestivo mandato, mas no queriendo aparecer desobediente reunió consejo de oficiales, y les informó de la orden del walí, manifestando que se someteria á la deliberacion que el consejo adoptase. Todos unánimemente opinaron por proseguir y acelerar la conquista, aprovechando el terror que se habia apoderado de los godos, y no dando lugar á que pudieran reponerse de la sorpresa, y Tarik aparentó ceder á una deliberacion que ya esperaba y que él mismo habia buscado. Ordenó, pues, sus haces para la campaña; hizo alarde de sus huestes; nombró caudillos, otorgó premios, y arengó á sus soldados, recomendándoles, segun costumbre de los musulmanes, que no ofendiesen á los pueblos y vecinos pacíficos y desarmados, que respetáran los ritos y costumbres de los vencidos, y que solo hostilizaran á los enemigos armados ⁽¹⁾.

Con esto dividió su ejército en tres cuerpos: el

(1) Conde, Dominacion, etc., kari, lib. IV., cap. 1.—Al Kattib, part. I., cap. 44.—Ahmed Alma- y Ben Hazil, en Casiri, tom. II.

primero bajo la direccion de Mugeiz *el Rumi* fué enviado á Córdoba; el segundo al mando de Zaide ben Kesadi recibió orden de marchar á Málaga; y el tercero guiado por él mismo partió al interior del reino por Jaen á Talaitola, que asi llamaban ellos la ciudad de Toledo.

Muza por su parte, resuelto á venir á España, organizó sus tropas, en número de diez mil caballos y ocho mil infantes, arregló las cosas de Africa, dejó en ella de gobernador á su hijo Abdelaziz, y trayendo consigo á otros dos hijos menores, Abdelola y Meruan, con algunos jóvenes coraixitas, y varios árabes ilustres, pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras en la luna de Regeb del año 93 (712). Allí supo con indignacion y despecho que Tarik desobediendo sus órdenes, proseguia la conquista. Desde entonces concibió el proyecto de perderle tan pronto como hallase oportuna ocasion.

Entretanto la primera hueste de Tarik al mando de Zaide tomó á Ecija, no sin resistencia; le impuso un tributo, encomendó la guarnicion de la plaza á los judíos, dejando tambien algunos árabes; se posesionó despues, sin dificultad, de Málaga y Elvira, armó tambien á los judíos, procuró inspirar confianza á los pueblos, y marchó á incorporarse en Jaen con la division de Tarik. El segundo cuerpo regido por Mugeiz *el Rumi* (el romano), acampó delante de Córdoba, é intimó la rendicion bajo condiciones no muy duras.

Los godos que defendían la ciudad negáronse á admitirlas. Entonces informado Mugeiz por un pastor de la poca gente de armas que la ciudad encerraba, y también de que el muro tenía un punto de fácil acceso por la parte del río, dispuso en una noche tempestuosa y de lluvia pasar el río á la cabeza de mil ginetes que llevaban á la grupa otros tantos peones. El pastor que les servía de guía los condujo sin ser sentidos al lugar flaco de la muralla. Las ramas de una enorme higuera que al pie de ella crecía sirvieron á un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Mugeiz sirvió á otros para subir á lo alto del muro. Cuando ya hubo sobre el adarbe el número suficiente, degollaron los centinelas, abrieron la puerta inmediata, y entraron todos los sarracenos en la ciudad derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un templo bastante fortificado, donde se defendieron por algunos días obstinadamente, hasta que Mugeiz mandó aplicarle fuego, y perecieron todos, quedándole al templo el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Dueño el Rumi de la plaza, tomó rehenes á su arbitrio, confió una parte de su guarnición á los israelitas, dejó el gobierno de la ciudad á los mas principales de ella, y partió con su ejército á correr la comarca, llenando de asombro el país con su maravillosa actividad y rápidos movimientos.

Mientras Mugeiz se enseñoreaba de Córdoba, los

dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hácia Toledo. Pronto estuvieron delante de la corte de los visigodos, porque la noticia del suceso de Guadalete, la fama del valor y ligereza de la caballería árabe, y hasta la vista de los turbantes musulmicos, todo habia difundido el pavor en las poblaciones, los nobles y el clero huían despavoridos, las reliquias de los soldados godos andaban dispersas, y las familias abandonaban sus hogares á la aproximación de los invasores. Lo mismo habia sucedido en Toledo. Aunque la posición de la ciudad la hacía á propósito para la defensa, fuese terror, flaqueza, falta de provisiones, escasez de guarnición, ó todo junto, los toledanos pidieron capitulación. Tarik recibió á los parlamentarios con firmeza y bondad, y concertóse la rendición, á condición de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad, que los que quisiesen abandonarla podrian hacerlo dejando todos sus bienes, que los que quedáran serian respetados en sus personas é intereses, sujetos solo á un moderado tributo, con el libre ejercicio y goce de su religion y de sus templos, mas sin poder edificar otros nuevos sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas, y por último que se regirían por sus propias leyes y jueces, pero que no impedirían ni castigarían á los que quisiesen hacerse musulmanes. Con estas condiciones se abrió á Tarik la ciudad de Toledo; eran casi las mismas que imponían á todas las ciudades.

El caudillo moro se hospedó en el suntuoso palacio de los monarcas visigodos, donde halló, dicen, muchos tesoros y preciosidades, entre ellos veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinte y cinco, dicen estos autores, eran los reyes godos que habia habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejara depositada una corona en que escribía su nombre, su edad y los años que habia reinado ⁽¹⁾. Veamos lo que hacia entretanto Muza.

Determinado Muza á continuar la conquista de España por las partes en que no hubiera estado Tarik, tomó guias fieles (que dicen las historias arábicas que nunca le engañaron), y recorrió el condado de Niebla apoderándose de varias ciudades, y mientras algunos cuerpos de caballería berberisca discurrían por las vecinas comarcas, detúvose él delante de Sevilla, cuya ciudad capituló despues de un mes de resistencia. Muza entró en ella triunfante, tomó rehenes, y encomendando la custodia de la ciudad al caudillo Isa ben Abdila, pasó á Lusitania, donde tampoco halló resistencia de consideracion, y vino á acampar delante de Mérida. A la vista de esta ciudad dicen los historiadores árabes que se sorprendió el viejo musulman

(1) Isidor. Pacens. Chron.— no es tan verosímil que fuesen Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Con- veinte y cinco, puesto que desde de, cap. 42.—Al Makari, lib. IV. Leovigildo, primer rey godo de En cuanto á haberse hallado en el quien se sabe que usara corona, palacio de Toledo algunas coro- hasta Rodrigo, apenas pueden nas, pudo muy bien suceder; pero contarse diez y siete reyes.

de su grandiosidad y magnificencia y exclamó: «¡Dichoso el que pudiera hacerse dueño de tan soberbia ciudad!» Desde luego reconoció Muza la dificultad de reducirla, y confirmóle en ello la altiva respuesta que recibió á su primera intimacion. Tanto que desesperanzado de rendirla con las fuerzas que acaudillaba, mandó á su hijo Abdelaziz que de Africa viniese en su ayuda con cuanta gente de armas allegar pudiera. Cada dia se empeñaba un combate entre sitiadores y sitiados: los mejores oficiales árabes iban pereciendo: Muza discurrió lograr por medio de un ardid lo que por la fuerza veia serle imposible. Escondió de noche gran parte de su gente en una caverna. A la alborada de la mañana siguiente presentóse Muza como de costumbre á atacar la ciudad; los cristianos salieron á rechazarlos; los árabes fingieron retirarse dejándose perseguir hasta la celada, y creyendo los cristianos aquella huida obra de su bravura y esfuerzo, llegaron hasta mas allá de la gruta, salieron entonces los emboscados, y se trabó una reñida y brava pelea que duró muchas horas: acometidos los cristianos de frente y de espalda, despues de pelear valerosamente y vender caras sus vidas, fueron la mayor parte degollados. Pronto vengaron el ultrage, pues á pocos dias, habiéndose apoderado los árabes de una de las torres de la ciudad, asaltáronla los españoles tan denodadamente, que ni uno solo de los musulmanes que la defendian quedó vivo. Llamaron desde entonces los

árabes á aquella torre la *torre de los Mártires*.

Pero hé aqui que á este tiempo llega el jóven Abdelaziz de Africa con siete mil caballos y cinco mil ballesteros berberies. Viendo los meridianos acrecentado el campo de los árabes con tan poderoso refuerzo, escasos ya de guarnicion y de provisiones, determinaron pedir capitulacion. El viejo walí recibió á los mensajeros en su tienda, y acordó con ellos las bases del convenio. Muza acostumbraba á teñir su blanca barba, lo que dió ocasion á que en el segundo recibimiento que hizo al siguiente dia á los diputados de Mérida, se sorprendieran estos de hallarle como rejuvenecido. Duras fueron las condiciones que les impuso Muza: la entrega de todas las armas y caballos, de los bienes de los que se habian huido, de los que se retirasen de la ciudad, de los muertos en la celada, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas, y por rehenes las mas ilustres familias que se habian refugiado allí después de la batalla de Jerez, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 14 de julio de 742, el dia de Alfitra, ó de la Pascua que termina el Ramadan ⁽¹⁾.

Tarik desde Toledo hizo una escursion por los pueblos de lo que hoy forma el territorio de las dos

(1) Conde, cap. 43.—Lucas Tud. Chron.

Castillas, de donde, noticioso de que Muza se encaminaba desde Mérida á la antigua córte de los godos, regresó á Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa llamada de Salomon, guarnecida de jacintos y esmeraldas ⁽¹⁾. Desde allí salió á recibirle á Talavera (Medina Talbera); y conociendo las desfavorables disposiciones que para con él traeria, llevó consigo algunas preciosas joyas que ofrecer á Muza, con las cuales esperaba templar su enojo. Tan luego como el vencedor de Guadalete vió al anciano walí, apeóse respetuosamente de su caballo. La entrevista fué fria y severa.—«¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó Muza con altivez.—Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarik, á fin de no dar tiempo á los enemigos para reponerse de su primera derrota, y porque así creí servir mejor la causa del Islam.» Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó. Pasaron luego juntos á Toledo. Allí en presencia de todos los caudillos preguntó Muza á Tarik dónde estaba la preciosa mesa verde de *Suleiman*. Presentósele el africano, pero falta de un pie, que de intento le habia hecho quitar, ya veremos con qué singular

(1) Don Rodrigo de Toledo se estiende en muchos pormenores acerca de esta famosa mesa: supónese que fué hallada en Medina-celi, aunque no todos convienen en ello: otros creen que fué en la antigua Complutum: Dunhan lo califica de cuento árabe; el historiador inglés propende á hacer casi siempre la misma calificacion de todo suceso que tenga algo de extraño ó de dramático.

previsión, diciendo no obstante que en tal estado había sido hallada. El término de estas conferencias fué la destitución de Tarik en nombre del califa, nombrando en su lugar á Mugeiz el Rumi, el cual tuvo la generosa valentía de constituirse en defensor del exonerado caudillo, pero sin poder evitar el que fuese reducido á prision. Estas reyertas de los dos gefes dejaron hondas huellas de division entre las dos razas de árabes y africanos, como en el discurso de la historia habremos de ver.

En este tiempo, el jóven Abdelaziz, que de órden de su padre habia ido á Sevilla á sosegar un motin popular que contra la guarnicion musulmana habia estallado, pacificado que hubo la ciudad, salió hácia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro, (llamado por los árabes Tadmír), el mismo que habia intentado rechazar la primera invasion de los árabes, y que despues habia hecho proezas en la batalla de Guadalete. Retirado allí con las reliquias del destrozado ejército godo, habia sido proclamado rey de aquella tierra. Llevaba Abdelaziz á sus órdenes varios jóvenes entusiastas de las mas nobles familias árabes, entre ellos Otman, Edris y Abulcacin. Noticioso Teodomiro de la aproximacion de Abdelaziz, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlona y Segura, con ánimo de hostilizar al enemigo desde aquellas asperezas, sin esponer sus mal pertrechados soldados al rudo empuje de los lanceros

árabes. Pero Abdelaziz combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó á los españoles á replegarse á la provincia de Murcia. Persiguiéronlos los escuadrones musulmanes hasta las áridas campiñas de Lorca, donde los lancearon y acuchillaron. Teodomiro se encerró con muy pocos en Orihuela, á cuyas puertas se presentó en seguida Abdelaziz. Grande fué la sorpresa de este al ver las murallas coronadas de muchedumbre de guerreros. Preparábase no obstante á dar el asalto, cuando vió salir de la ciudad un gallardo mancebo, que dirigiéndose á él, solicitaba hablarle en nombre del caudillo godo. El árabe le admite en su tienda, y escucha con la mayor cortesania las proposiciones de paz del caballero cristiano, y en esta célebre entrevista se ajusta un convenio que original nos ha conservado la historia, y que es uno de los documentos mas curiosos de esta época. Hé aqui su contéxto.

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso: rescripto de Abdelaziz, hijo de Muza, para *Tadmír ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los Godos): «séale otorgada la paz, y sea para él una estipulacion «y un pacto de Dios y de su Profeta, á saber: que no «se le hará guerra ni á él ni á los suyos: que no se le «desposeerá ni alejará de su reino: que los fieles (asi «se nombraban á sí mismos los árabes), no matarán, «ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos «ni sus mugeres, ni les harán violencia en lo que toca «á su ley (su religion); que no serán incendiados sus

«templos; sin otras obligaciones de su parte que las aquí estipuladas. Entiéndase que Teodomiro ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: Auriola (Orihuela), Balentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Biscaret, Aspis y Lurcat (Lorca): que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos: que él y los suyos pagarán un dinhar ó aureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite: los siervos ó pecheros pagarán la mitad.—Fecho en 4 de redjeb del año 94 de la hegira (abril de 713). Signaron el presente rescripto Otman ben Abi Abdah, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera, y Abulcacin el Mozeli.»

Concluido el tratado, y manifestando Abdelaziz deseos de conocer á Teodomiro, el caballero cristiano se descubrió al jóven árabe; era él, el mismo Teodomiro en persona. Sorprendió á los árabes tan impensado descubrimiento, celebráronlo mucho, y diéronle un banquete, en que comieron los dos caudillos juntos como si hubieran sido amigos toda la vida. Al día siguiente entraron Abdelaziz y Otman en Orihuela con la gente mas vistosamente ataviada, y preguntando á Teodomiro, dónde estaban aquellos tantos guerreros que el día anterior coronaban los muros de la ciudad, tuvieron que admirar una nueva estratagema y ardid del caudillo cristiano. Aquellos soldados pertrecha-

dos de cascos y lanzas, que habian visto sobre los muros, eran mugeres que Teodomiro habia hecho vestir de guerreros; sus cabellos los habian dispuesto de manera que imitáran la larga barba de los godos. Aplaudieron los árabes la ingeniosa ocurrencia, riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó á que se entablára una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza (1).

Pacificada toda la tierra de Murcia y Valencia, Abdelaziz retrocedió á las comarcas de Sierra Segura, descendió á Baza, ocupó á Guadix y á Jaen, tomó á Granada (Garnathat), colonia judía y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira), entró en Antequera, y prosiguió á Málaga, sin hallar resistencia, y dejando en las ciudades judíos y árabes de guarnicion.

A este tiempo recibió Muza órdenes del Califa, preceptuándole devolver á Tarik el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Muza obedeció, aunque bien á pesar suyo, pero con gran contento de los musulimes. Fingió no obstante una reconciliacion sincera, y concertóse que Tarik con sus tropas marchase al Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigia á reducir las regiones del Norte. Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió á las ve-

(1) Isid. Pac. Chron. 38.—Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Conde, cap. 15.

gas y campos del Ebro hasta Tortosa. Muza tomó hácia Salamanca y Astorga, que se le rindieron sin resistencia, y volviendo y remontando el curso del Duero, haciendo despues una conversion hácia el Ebro, vino á incorporarse con el ejército de Tarik, que sitiaba ya á Zaragoza (Medina Saracusta). Obstinate resistencia habia encontrado Tarik en Zaragoza, pero la llegada de Muza, coincidiendo con el apuro de víveres de la plaza, desalentó á los sitiados, y fué causa de que se propusiese su entrega bajo las condiciones ordinarias. Muza, valiéndose de la ocasion y dejándose llevar de la codicia, impuso á los habitantes de Zaragoza una contribucion extraordinaria de guerra, para cuya satisfaccion tuvieron que vender sus alhajas y las joyas de los templos. Muza tomó en rehenes la mas escogida juventud, y dejando el gobierno de la ciudad á Hanax ben Abdala, que luego edificó allí una suntuosa mezquita, prosiguió sometiendo el Aragon y Cataluña. Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona, Ampurias, todas fueron reducidas á la obediencia del Islam. De allí volvió y enderezóse á Galicia por Astorga, entró en la Lusitania, y en todas partes fué recogiendo riquezas que no partia con nadie.

Tarik por el contrario, siguiendo otra ruta, y encaminándose por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Denia hasta los límites del pequeño reino de Teodomiro, observaba tambien muy opuesto comportamiento. Trataba á los pueblos con dulzura, partia

con sus soldados los despojos de la guerra, y con mucha escrupulosidad reservaba el quinto de todo el botin para el califa. Comunicaba á éste directamente sus operaciones sin entenderse con Muza. Este por su parte no perdía ocasion de desacreditar á su rival para con el califa, ponderándole su espíritu de insubordinacion y sus prodigalidades.

Estos enconos de parte de los dos conquistadores fueron causa de que el Califa de Damasco escribiera á ambos mandándolos comparecer á su presencia, dejando el gobierno de España encomendado á personas de confianza. Tarik obedeció al momento: Muza lo hizo con mas repugnancia, mas al fin despues de haber nombrado á su hijo Abdelaziz wali ó gobernador en gefe de España, partió con los despojos de sus felices expediciones, con la famosa mesa verde, y con inmensa cantidad de oro y pedrería. Pasó el estrecho, atravesó el Magreb, primer teatro de sus campañas y de sus glorias. En su comitiva iban cuatrocientos jóvenes de las familias godas mas ilustres, que tomó para que sirvieran de ostentacion á su marcha triunfal, y con este aparato fué costeando el litoral de Africa. Tarik habia llegado antes que él á Damasco, y expuesto ante el Califa sencillamente y con lealtad su conducta. Cuando llegó Muza, Walid se hallaba gravemente enfermo; Suleiman, su hermano, designado para sucederle, hizo comparecer á los dos rivales. La historia de esta entrevista es de un género

enteramente oriental. Muza creyó adquirir gran mérito á los ojos del Califa presentándole la célebre mesa de oro y esmeraldas. «Emir de los creyentes, dijo entonces Tarik, esa mesa soy yo quien la ha encontrado.—He sido yo, replicó Muza, este hombre es un impostor.—Preguntadle, repuso Tarik, qué se ha hecho el pie que falta á la mesa.—Estaba así cuando se encontró, respondió Muza.—Emir de los fieles, exclamó Tarik, ahora juzgarás de la veracidad de Muza.» Y sacando el pie de la mesa que llevaba escondido, le presentó al Califa, el cual quedó convencido de que era Muza el verdadero calumniador. Y como ya deseaba tomar severa satisfacción de su conducta, le castigó teniéndole un día entero expuesto á un sol abrasador, haciéndole azotar y condenándole á una multa de cien mil mitcales, que Rasis y Ebn Kalkan hacen subir á doscientos mil. Así pagó el conquistador de Africa y de España la envidia y rencor con que habia perseguido á Tarik.

Quedó, pues, sometida la España á las armas sarracenas. Rápida, breve, veloz fué la conquista. Lo que costó á los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años. Diestros, políticos, activos, valerosos y entendidos capitanes eran los gefes de la conquista. El estupor se habia apoderado de los españoles despues del desastre de Guadalete, y no les dieron tiempo para recobrase. El principio religioso, único que

hubiera podido realentar los abatidos ánimos, tuvieron los conquistadores la política de aparentar por lo menos que le respetaban, dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto. Sin perjuicio de juzgar mas adelante la conducta de estos primeros invasores, obsérvase desde luego que no fué ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas, impresionados por las calamidades inherentes á tan brusca invasion, y como guiados por ellos la han representado despues otros historiadores. A ser auténticas, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela, y aun la de Zaragoza, revélase en ellas mas la política de un proselitismo religioso que el afán de esterminio, y algunas de sus condiciones fueron mas humanitarias de lo que podia esperarse de un pueblo invasor que ocupaba por conquista un pais donde hallaba diferente religion y distintos hábitos y costumbres: creemos que en este punto no puede compararse la conducta de los árabes á la de los romanos y godos; si bien se comprende tambien que á nadie tanto como á los conquistadores convenia, pocos como eran, no exasperar á una nacion grande y vasta, que aunque amilanada entonces, hubiera podido en un arranque de cólera serles terrible (1).

(1) Despues de leer la crónicas cristianas y árabes, no podemos sin saber con certeza qué fué del conde Julian, del obispo Oppas y de los demas parientes de Witiza, ó causadores ó cómplices de la pérdida de España. Los unos suponen al conde Julian alen-

Veamos cómo se condujeron los que sucedieron á Tarik y á Muza en el gobierno de España ⁽¹⁾.

tando á Tarik en el consejo de oficiales á que se apresurára á apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guia á Muza desde su desembarco y en casi toda la expedición: otros, y son los mas, guardan profundo silencio. El Páense dice que Muza condenó á muerte á varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se habia fugado de la ciudad: *per Oppam... á Toledo fugam arripientem*: lo cual probaria que los árabes no habian correspondido muy bien con los mismos que los invitaron ó auxiliaron en la empresa de la conquista. De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha que-

do envuelta en bastante misterio.

(1) Fuera largo enumerar las inexactitudes que cometió Mariana, privado de muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina á la narración de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el doctor Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. 25 del libro VI. dice: «Los cronicones antiguos no hablan nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.

CAPITULO II.

GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES.

De 713 á 732.

Abdelaziz.—Regulariza la administración de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso á los musulmanes.—Muere asesinado de orden del emir de Africa.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla á Córdoba.—El Horr.—Primera invasión de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto el Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadística de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España.—Castigo de sus tiranías.—Abderrahman.—Rebelion de Munuza y su término.—Famosa batalla de Poitiers.—Carlos Martell.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderrahman.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse á regularizar la administración de las ciudades sometidas; nombró perceptores ó recaudadores de los impuestos, que por regla general consistian en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo á algunas